

LA PENINSULA IBERICA EN EL MARCO DE LAS COLONIZACIONES MEDITERRANEAS

Genaro Chic García

Gregorio de Frutos Reyes

A mediados del segundo milenio a.C. las civilizaciones del Creciente Fértil (Egipto, Hatti, Babilonia...) alcanzaban su máximo esplendor. En el Egeo, por su parte, los aqueos lograban su acmé, y hacia 1450 ocupaban Creta en medio de una potente expansión exterior: hacia Oriente, con la colonización de Rodas, Chipre y puntos de Anatolia, así como el establecimiento de factorías a lo largo de la costa sirio-palestina; hacia Occidente también se detecta su presencia en Italia y Sicilia y se les supone en conexión con el S.E. de la Península Ibérica.

Pero este estado de cosas no se perpetuó largo tiempo y la decadencia se produjo de forma casi súbita, en parte por causas internas y en parte por la gran oleada de invasiones del final de la Edad del Bronce. Los nuevos bárbaros mostraban unas características generales y una procedencia similares a la de aquellos otros que habían realizado el mismo camino a comienzos del milenio: eran indoeuropeos procedentes del Norte. En la cuenca del Egeo y en Asia Menor estas tribus dominaron a los pueblos afines, los aqueos y los hititas; otros llegaron hasta Italia y Europa Occidental, otros a Persia y hasta los confines de China. En el Creciente Fértil saquearon, en unión de otras tribus nómadas, la rica zona sirio-palestina, determinando la ruina definitiva de ciudades antes florecientes, como Ugarit. Egipto, dirigido por el enérgico

Ramsés III, se libró de la invasión en medio de mil dificultades. Comenzaba el siglo XII a.C.

No obstante, pese a su poder destructor, estos pueblos indoeuropeos no dejaron una huella duradera en el Oriente Próximo. Desde el desierto, nuevos pueblos semíticos (arameos, hapiru, etc.), organizados en tribus patriarcales que tenían sus propios dioses, se infiltraron y se instalaron en los más antiguos centros de vida civilizada. Se mezclaron con los antiguos habitantes y terminaron por ahogar a las minorías de lenguas no semíticas.

Por lo demás, tras el hundimiento del antiguo orden internacional, con un Egipto dividido y unas Babilonia y Asiria relativamente tranquilas, las zonas intermedias del Creciente Fértil tuvieron una ocasión insólita para conformar localmente su independencia política y cultural. Pequeños pero florecientes Estados iban surgiendo con fuerza insospechada y dejaban sentados algunos de los elementos fundamentales de la cultura de un mundo nuevo. Así, el Estado de Israel, cuya monarquía, creada por David ante la amenaza filisteas y continuada por Salomón, se asentaba en fuertes pilares religiosos y económicos. Y en estrecha relación con él, los Estados de las ciudades fenicias de Tiro (dirigida por un gran rey, Hiram, entre 970 y 940 a.C.), Sidón, Beirut, Biblos y Arvad; en suma, los antiguos cananeos, acostumbrados al tráfico y a la presencia extranjera (especialmente egipcia) desde siempre, cuya habilidad y capacidad de adaptación en todo momento llamaron la atención de amigos y enemigos. Nada tiene de extraño, pues, que su única originalidad residiera precisamente en algo relacionado con esa habilidad y capacidad de adaptación: la creación de un alfabeto por simplificación de un principio silábico. Algo, pues, eminentemente práctico.

Y ese mismo carácter práctico fue el que les llevó a sacar el máximo provecho de su situación geográfica en el cruce de las principales arterias de comunicación del mundo occidental civilizado. La situación política, relativamente tranquila tanto en Oriente como en Occidente, favorecía unas relaciones comerciales sin apenas competencia, y hacía que bastasen algunos emporios en sitios estratégicos para asegurar los intercambios comerciales de modo permanente y satisfacer una demanda quizás no demasiado exigente. Surgieron así los establecimientos de Kitión (Chipre) en Oriente

y Gadir, Utica y Lixus en Occidente¹. Los productos buscados, según todos los indicios, serían fundamentalmente el cobre y el estaño (cuya aleación, el bronce, alcanza paradójicamente una demanda mayor con la utilización progresivamente creciente del hierro, al convertirse en un metal ornamental básico). Y luego, aunque ocupando enseguida y cada vez en mayor medida el primer lugar en la demanda, la plata, generosamente producida por España, así como el oro y otros artículos de lujo de Africa. Materiales en suma que con frecuencia son útiles, pero que, por encima de todo, marcan un creciente nivel de prestigio de sociedades que cada vez desarrollan más sus economías gracias a la progresiva utilización del hierro, material asimismo objeto de un activo comercio.

Esto se hace especialmente ostensible a partir de la segunda mitad del siglo X, cuando Egipto entra en vías de recuperación con Sheshonq I (950-929) y Asiria hace lo propio a partir de Ashshurdan II (935-912). Y si en Egipto esta recuperación se hace patente en el mantenimiento de una cierta influencia en la zona palestina y la reiniciación de la obra arquitectónica de las anteriores dinastías y de sus liberalidades a los templos, en Asiria comienza a formarse un gran imperio que enseguida dirige su atención hacia las costas mediterráneas². Y es que las preocupaciones económicas parecen haber ocupado un puesto relevante en la mente de los soberanos asirios. Los estudios de A. Leo Oppenheim³, recogidos por P. Garelli⁴, han demostrado que los *tankaru* asirios desempeñaban sus papeles como intermediarios del Estado en los más diversos lugares del Imperio y encaminaban hacia los palacios una gran cantidad de artículos de lujo (entendiendo por tales una serie de materias raras y costosas que rebasan ampliamente el concepto moderno de lujo). Estos materiales quedaban en su mayor parte en estos palacios, hallándose las zonas rurales fuera de los grandes circuitos de intercambio y obteniendo a través de los palacios los metales que precisaban para su utillaje.

Por ello, no deja de ser llamativo que sea el siglo IX a.C., cuan-

1. E. C. González Wagner: *Fenicios y Cartagineses en la Península Ibérica: Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*. Madrid, 1983, pp. 10-11.

2. E. Cassin, J. Bottero, J. Vercoutter: *Los Imperios del Antiguo Oriente*, vol. III. Madrid, 1971, p. 4.

3. *Ancient Mesopotamia*; Chicago, 3.ª ed., 1968. Traducción francesa, *La Mésopotamie*. París, 1970, p. 107.

do las construcciones egipcias, y sobre todo asirias, se multiplican, creándose conjuntos arquitectónicos de la categoría de Kalakh, de 8 km. de perímetro, en el que trabajan miles de prisioneros de guerra; que sea ahora, decimos, cuando comience a forjarse con solidez lo que será el mayor imperio colonial y comercial de los dos siglos inmediatos en el Mediterráneo. Ahora, cuando Asurnasirpal II (884-859) extiende la influencia asiria hasta el Mediterráneo (876) recibiendo la oferta de sumisión y tributo de Tiro, Sidón, Biblos, Arvad y el país de Amurru, será cuando se comience, por parte fenicia, a colonizar en el estricto sentido del término, bien creando nuevas factorías y colonias, bien haciendo evolucionar a tal categoría los pequeños emporios o campamentos mercantiles que se habían creado con anterioridad. Es también ahora cuando por parte griega (Eubea) se establece la primera factoría en Al-Mina, en la desembocadura del Orontes (Siria). No debemos olvidar —como nos recuerdan Cassin, Bottero y Vercoutter—⁵ que junto a fines políticos, los motivos principales de las campañas de Assurnasirpal II eran económicos. Todas las zonas periféricas controladas por sus ejércitos proveían y enriquecían a Asiria de oro, plata, materias primas o manufacturadas, ganado, caballos, medios de subsistencia de todo orden, etc.

Estos y otros prósperos mercados (como por ejemplo los reinos arameos y neohititas de Siria) habrían de resultar poderosos focos de atracción para los comerciantes fenicios. Si a esto unimos las constantes luchas intestinas por el poder real, que se desatan en las ciudades fenicias entre los grandes jerarcas religiosos y los enriquecidos oligarcas comerciantes, amén del auge demográfico propio de una época de prosperidad, podremos entender mejor que numerosos contingentes de fenicios salieran de sus metrópolis, arrastrando consigo a elementos de otros pueblos, para probar mejor suerte en distintos puntos del Mediterráneo. De esta forma, es ahora cuando se funda Cartago (814) y otras colonias y establecimientos tanto en el Este (Rodas, Creta, Menfis...) como en el Oeste (Nora, Motya y, tal vez, Leptis Magna...). En el caso de Gadir —como en el de Kitión en Chipre—, aunque no tenemos noticias de ninguna clase, se podría aventurar la hipótesis de una am-

4. P. Garelli, V. Nikiprowetzky: *El Próximo Oriente asiático. Los Imperios mesopotámicos. Israel*. Barcelona, 1977, pp. 197-200.

5. *Op. cit.*, p. 19.

pliación del territorio como consecuencia de una mayor aportación demográfica procedente de la zona siriopalestina⁶. Este estado de cosas continúa en la primera mitad del siglo VIII, expandiéndose, a su vez, las antiguas colonias. Así, por ejemplo, Cartago refuerza Motya y, posiblemente, funde Tharros; y probablemente desde Gadir se fundarían nuevos emporios, tanto en la costa hispana (Toscanos, Chorreras, Morro de Mezquitilla, Almuñécar...) ⁷, como en la costa africana, en este caso con el apoyo de Lixus⁸.

Pero no sólo los fenicios sino también los griegos, cuyas *poleis* se van organizando paulatinamente, van a participar en este tráfico. El comercio euboico sigue haciéndose patente en Al-Mina y ahora también en Cilicia. El alfabeto griego, tomado del fenicio, aparece ahora. Los griegos mantienen, al parecer, buenas relaciones con el reino frigio de Midas, para el que parece que realizaban viajes comerciales en busca de estaño. En este sentido, se ha relacionado la leyenda del primer descubridor del estaño, Midakritos, con la de Midas. Desde 780 vemos a Corinto mostrando interés por la ruta adriática del estaño y del ámbar a través de Itaca. Por su parte los euboicos se vuelven también hacia Occidente en busca del preciado metal. Los indígenas de Osta (cerca de Cumas) conocen el comercio con estos griegos a comienzos de siglo. Hacia las mismas fechas hay señales de comercio con los griegos en Veves, una de las principales ciudades etruscas. Poco después (760) los griegos establecen una factoría en regla —Pithecousai— en la isla de Ischia, frente a Cumas, en la bahía de Nápoles. En su cementerio hay abundancia de cerámica euboica y sobre todo cerámica corintia, amén de cerámica greco-oriental —sobre todo rodia— y algunos objetos aislados que señalan relaciones con el Atica, con Etruria y con Apulia. En 734 la población se traslada de Pithecousai a Cumas, fundada por Calcis, Eretria y la pequeña tribu beocia de los *graii*, cuyo nombre hará fortuna entre los latinos al designar a los helenos en su conjunto. Establecidas con

6. G. de Frutos: «Directrices comerciales del Gadir fenicio desde su fundación a la caída de Tiro (1100-573 a.C.)», *Gades*, 11, 1983, pp. 10-11.

7. M. E. Aubet: «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a.C.», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. III, Roma, 1983, pp. 815 y ss. Las urnas de alabastro de Osorkón II, Sheshonq III y Takelot II de Almuñécar, pueden ser testigo de ello. A este respecto, aceptamos las correcciones de Padró. Véase: J. Padró: «Precisiones sobre la identificación del cartucho de un rey Sheshonq en Almuñécar», *XIII Congr. Nac. Arq.* Zaragoza, 1975, pp. 752-757.

8. G. de Frutos, art. cit., pp. 12-13.

finalidad comercial (hierro y estaño de los etruscos) estas colonias van a poner en contacto Oriente (Al-Mina) con Etruria. Corinto, aliada de Calcis en la guerra que esta ciudad mantiene con Eretría, por la llanura Lelantina (h. 730), resulta la gran beneficiada de este desastre euboico heredando sus mercados. Resultado de esta alianza pudo ser la fundación corintia de Siracusa (734), poco antes que la euboica Naxos fundase Leontini y Catana (728) y Cumas tratase de controlar el estrecho de Mesina mediante colonias como Zancle (725), Mylae y Rhegion (720). La presencia griega se hace así firme en el Mediterráneo Occidental, máxime cuando estos últimos establecimientos tienen una vertiente agraria importante que les da gran estabilidad.

El afianzamiento griego en el Mediterráneo Occidental coincide, por otra parte, con el avance asirio en la costa sirio-palestina a mediados de siglo. Las campañas de Tiglatpileser III, entre 743 y 732, concluyeron con la sumisión a tributo, aunque conservando su libertad, de las ciudades situadas al Sur del río Nahr-el-Kebir, y en particular de Biblos y de Tiro. La parte septentrional, en cambio, salvo Arvad, quedó convertida en provincia. La presión continuó bajo el reinado de Sargón II (722-705) que arrebató a Tiro sus colonias de Chipre, entre ellas Kitión. Pero esto no significa en absoluto el hundimiento del comercio fenicio. El Imperio asirio es ahora muy floreciente y en 717 se inicia la construcción de una nueva capital, DūrSharrukīn (actual Khorsabad). Con ello estaba íntimamente relacionado el desarrollo que, por impulso regio, recibió el comercio de esta época. Dos datos significativos pueden ser que, tras la conquista de Palestina, Sargón forzase a Egipto a abrirse al comercio asirio, y que se reanudase el comercio de Tilmun, en el Golfo Pérsico, interrumpido desde hacía más de un milenio, con lo que Mesopotamia se abría a los productos de Península Arábiga y del Valle del Indo, lo que permitiría a los asirios desarrollar una función de comerciantes intermediarios hasta ahora inédita, como sugiere A. Leo Oppenheim⁹. La plata, objeto de comercio y depreciado botín, llegó a ser tan abundante que se produjo una fuerte depreciación de la misma¹⁰.

Buena parte de este comercio, al menos en lo que respecta a la zona mediterránea, había de estar en manos fenicias, aunque

9. *Op. cit.*, p. 107, cit. por P. Garelli, V. Nikiprowetzky, *Op. cit.*, p. 198.

10. P. Garelli, V. Nikiprowetzky: *Op. cit.*, pp. 200-201.

estamos mal informados al respecto¹¹. Y, lógicamente, este tráfico no dejaría de tener repercusiones en el mundo indígena hispano afectado por el mismo. Poco a poco, la riqueza que se iba acumulando con este tráfico en manos de los jefes de los clanes, insensiblemente iría pasando de ser un medio de prestigio, de reflejo del poder, a un medio de poder por sí misma. Se irían estableciendo así las bases de la propiedad privada en términos amplios y con ellas las bases del tránsito de una sociedad tribal a una urbana.

En los años posteriores, bajo los reinados de Senaquerib (704-681), Asarhaddón (681-669) y Asurbanipal (669-626), la presión asiria se fue acentuando progresivamente sobre las ciudades fenicias, apoyadas a menudo por los reyes de la Dinastía XXV de Egipto, hasta el punto de que tanto unos como otros terminarían convertidos en súbditos asirios. Este debilitamiento político de los Estados fenicios, y en particular de Tiro, provocó que las colonias se fueran desasiendo cada vez más de la tutela de sus metrópolis. Así vemos cómo Cartago asume progresivamente un papel de capital de las ciudades fenico-púnicas de Occidente¹². Pero el debilitamiento político no implica necesariamente, y menos en el mundo antiguo, una ruptura de las relaciones comerciales tradicionales, especialmente en aquellos puntos donde las relaciones comerciales tienen unas bases individuales y no estatales. De hecho sabemos que mientras en Asiria Senaquerib engrandecía y embellecía Nínive, Asarhaddón reconstruía Babilonia y Asurbanipal decoraba su palacio con un arte refinado; y mientras en Egipto el faraón Taharqa hacía resurgir el antiguo esplendor de su país llenándolo de nuevas construcciones, el comercio fenicio con Occidente se mantenía próspero, haciendo en cierto modo realidad la leyenda recogida por Estrabón¹³ de que Taharqa llegó hasta las Columnas de Hércules. La Arqueología es testigo de cuanto decimos: hay establecimientos nuevos en el Sur (Alarcón, Cerro del Prado, Guadalhorce, etc.)¹⁴; se produce la penetración por el Atlántico hispano (Río Piedras, Aljaraque, Lagos, Alcacer do Sal, Santa Olaya, etc.); se observa la penetración de los productos fe-

11. G. de Frutos, art. cit., p. 15.

12. E. Cassin, J. Bottero, J. Vercoutter. *Op. cit.*, III, p. 179.

13. XV, 1, 6.

14. E. C. G. Wagner: *Op. cit.*, p. 24, sobre el paso por parte fenicia de simples factorías a fuertes colonias al estilo griego.

nicios por el Valle del Guadalquivir hasta los centros mineros de la Alta Andalucía (Carambolo, Carmona, Setefilla, Colina de los Quemados, Ategua, Porcuna, Castulo, Toya), y también por la llamada «Vía de la Plata»¹⁵. El influjo de todo esto encuentra su expresión, en el mundo indígena, en el desarrollo del llamado período orientalizante de la cultura tartésica.

Período orientalizante que es igualmente patente en el mundo de los griegos, debido en este caso a que sus relaciones con Oriente (Cilicia, Palestina, Babilonia) son cada vez más intensas. Como cada vez más intensa es su presencia en el Sur de Italia (Síbaris, 721; Crotona, 703; Tarento, 706; Locri, 673, etc.) y en Sicilia (Gela, 688; Camarina, 664; Himera, 648 Selinunte, 628, etc.), donde se acercan al extremo occidental controlado por Cartago, que ahora afirma su presencia también en esta isla y extiende su influencia hacia el Norte fundando Ibiza¹⁶, llevando sus productos al litoral levantino y al S. E. de la Península Ibérica¹⁷.

Un hecho de interés para el desarrollo del proceso colonizador es que Giges (680-652), rey de Lidia —Estado que había sucedido al del frigio Midas tras su destrucción por los cimerios— mantuviese intensas relaciones comerciales con los griegos de Jonia; relaciones que se vieron favorecidas por el monopolio y acuñación del electro por parte del rey. Este, concededor del valor de los mercenarios helenos, se los suministró a su aliado el rey egipcio Psamético I (663-609), quien logró con ellos expulsar de Egipto a los asirios, que lo habían invadido, y proclamarse rey del Doble País (655). En adelante, tropas griegas formaron el cuerpo principal del ejército egipcio y los comerciantes no tardaron en seguir a los mercenarios. Más adelante, cuando el faraón Amasis (568-526), ante la reacción de xenofobia de su pueblo, decida concentrar a los griegos en Naucratis (565), sabremos que éstos eran fundamentalmente eginetas, samios y milesios. Pues bien, resulta in-

15. Recógido por G. de Frutos: art. cit., pp. 16-18.

16. Recientemente se han descubierto materiales arqueológicos que verifican la fecha de fundación de la colonia cartaginesa de Ibiza aportada por las fuentes literarias. Ver: J. Ramón: «Necropolis des Puig des Molins: Solar núm. 40 del carrer de la Via Romana de la ciutat d'Eivissa»; *Fonaments*, 1, Barcelona, 1978, pp. 72 ss.

17. Ver: O. Arteaga, M. R. Serna: «Influjos fenicios en la región del Bajo Segura»; *XIII Congr. Nac. Arq.*, Zaragoza, 1975, pp. 737 ss.; O. Arteaga, M. R. Serna: «Los Saladares-71»; *Not. Arq. Hisp.*, Arqueología, 3, Madrid, 1975, pp. 7 y ss.; O. Arteaga, J. Padró, E. Sanmartí: «El factor fenici a les costes catalanes i del Golf de Lió», *Els Pobles Pre-romans del Pirineu*. 2.^a *Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdá* (juny, 1976), Puigcerdá, 1978, pp. 129 y ss.

terezante constatar que los primeros griegos que siguen la ruta fenicia que lleva a la plata producida por las plantas fundidoras —en acadio: «tarsis»¹⁸— del Sur de España, sean precisamente un egineta (Sóstratos) y un samio (Kolaios)¹⁹, y ello en una época (entre 630 y 620) en que los escitas, después de haber vencido a los cimerios, iban a saquear Siria, hacer temblar Jerusalén y llegar hasta la frontera de Egipto, donde el viejo Psamético compraría su retirada. Del mismo modo que es significativo que Egina comience por estas mismas fechas a acuñar sus famosas «tortugas», antes de que fuesen explotadas las minas de plata del Atica o de Tracia; así como que Corinto, en opinión de Cary, utilice poco después (h. 600) la plata hispana que le suministraban los samios. Parece bastante claro que los griegos estaban desplazando a los fenicios, aprovechando la decadencia de éstos, en el suministro de metales preciosos de la Península Ibérica a Oriente, y en particular a Egipto y a las nacientes oligarquías y tiranías griegas. De hecho sabemos que Psamético mantenía buenas relaciones con el tirano corintio Periandro (625-586), quien intentó hacer un canal en el istmo de Corinto; de igual modo que Neco II (509-594) intentó poner en conexión el Mar Rojo con el Mediterráneo y se dice organizó el primer periplo, con barcos fenicios, en torno a Africa, movido por el impulso dado por los griegos al comercio. Pero este punto ha sido ciertamente puesto en duda por Alan B. Lloyd²⁰.

Es de sospechar, por lo demás, la desazón que debió producir entre los fenicios, establecidos en el emporio de esa ciudad indígena a la que conocemos por el vocablo griego de Tartessos (relativo quizás sólo a su emporio), la presencia de barcos y comerciantes griegos que cumplían una misión hasta el momento confiada a ellos prácticamente en exclusiva.

La caída en 612 de la capital asiria, Nínive, ante medos y babilonios, debió suponer un respiro para las ciudades fenicias; pero

18. *Enciclopédica del Mundo Bíblico*, dirigida por Gaalyahu Cornfeld, art. «Fenicia»; Esplugas de Llobregat (Barcelona), 1970, p. 409.

19. Para las relaciones de ambos con el mercado de plata hispano, véase J. Thomas Figueira: *Aegina and Athens in the Archaic and Classical periods: a socio-political investigation*, University Microfilms International, Michigan, 1977, p. 145 ss.

20. A. B. Lloyd: «Necho and the Red Sea; Some Considerations»; *The Journal of Egyptian Archaeology*, 63, 1977, pp. 142-155; véase también A. Calderini: «I precedenti del Canale di Suez nell'antichità»; *Aegyptus*, XX, 1940, pp. 214-231. Respecto a las presuntas pruebas arqueológicas de tal viaje, su carácter apócrifo fue demostrado ya por Moret y Capart: «Les scarabées de Necho II relatif au périple de l'Afrique par les Egyptiens»; *C.R.A.I.*, París, 1908, pp. 466-468.

iba a durar poco. Enseguida Nabucodonosor II de Babilonia intentó recomponer en su provecho el Imperio asirio, chocando con los sirio-palestinos y sus aliados egipcios. En 587 comenzó para Tiro un largo e infructuoso asedio que terminó por debilitarla por completo, potenciando de modo definitivo la independencia y pujanza de Cartago, heredera de buena parte de sus intereses.

En efecto, el comercio fenicio en Occidente no decaía, y, pese a la intromisión de los griegos y a los problemas de las metrópolis, los mercados tradicionales seguían siendo atendidos desde las florecientes colonias de Occidente, y especialmente desde Cádiz y Cartago. La arqueología de esta última ciudad ha mostrado cuán estrechos eran sus contactos con el Egipto saíta (Dinastía XXVI: 663-525), que influye poderosamente en su arte. Pero también, junto a los escarabeos y amuletos egipcios o a joyas de orfebrería fenicia, se encuentran vasos corintios o cerámica etrusca de la denominada de *bucchero nero*²¹, lo que deja patente la diversidad de relaciones comerciales.

Las relaciones entre fenicios y etruscos eran particularmente intensas y antiguas²²: En la segunda mitad del siglo VII, las grandes tumbas principescas de Caere y Praeneste se enriquecían con bellísimos objetos importados de Fenicia o manufacturados bajo la influencia de modelos fenicios²³; y el alfabeto etrusco no era sino un alfabeto fenicio tomado bien directamente o bien por intermedio de Cumas, fundada como dijimos precisamente para facilitar el comercio greco-etrusco.

Los etruscos no sólo habían desplegado sus fuerzas en el continente, ocupando parte considerable del Valle del Po en el Norte de Italia, y el Lacio y la rica llanura de Campania en el Sur. Una antigua talasocracia les dio sobre todo el señorío indiscutible del mar Tirreno, que de ellos recibió su nombre. Su reputación de piratas, nos dice Heurgon²⁴, extendió el terror hasta el Egeo, intimidó a la navegación extranjera durante mucho tiempo, en aguas dominadas por ellos, y frenó la colonización griega al Sur de Italia. La pujanza etrusca era evidente en los siglos VII-VI a.C., llegando a disputar a los cartagineses, al decir de Diodoro Sículo²⁵,

21. C. Picard: *Carthage*, París, 1951, p. 11.

22. J. Ferron: «Les relations de Carthage avec l'Etrurie», *Latomus*, XXV, 1966, 4, pp. 689-709.

23. J. Heurgon: *Roma y el Mediterráneo Occidental*, Barcelona, 1971, p. 81.

24. *Op. cit.*, p. 52.

25. V, 19 ss.

una isla más allá de las Columnas de Hércules, si bien las relaciones entre ambos pueblos fueron generalmente buenas²⁶. Pero algo comenzó a cambiar en esta parte del Mediterráneo el día en que los focenses (hacia 600) se abrieron paso rumbo a Occidente más allá de las islas de Cerdeña y Córcega, incluidas por los etruscos y los cartagineses en su órbita.

En efecto, a comienzos del siglo VI a.C. los focenses establecen una colonia, Massalia, junto a la desembocadura del Ródano, pasando a controlar así esa ruta del estaño que atravesaba Francia siguiendo su red fluvial: la cerámica etrusca casi desaparece de la Costa Azul hacia 580²⁷. Por la misma época, comerciantes también focenses establecen relaciones con Argantonios, rey de Tartessos, quien los abastece de plata. Por entonces, en opinión de Etienne²⁸, es introducida en nuestras costas la industria griega del *garon*, que tan famosa llegaría a ser; y también por entonces un capitán de barco masaliota²⁹ escribiría ese itinerario marítimo a Tartessos (con prolongación más imprecisa hasta las islas del estaño) que conocemos a través de la *Ora Marítima* de Avienio³⁰ y que constituye una de las mejores pruebas de estos viajes comerciales focenses a nuestra tierra. Desde 560, además, los piratas focenses con base en Alalía (Córcega) hacen la competencia a los etruscos en el propio Tirreno. Nada de extraño tiene, pues, que las relaciones entre los focenses, por un lado, y los etruscos y cartagineses por otro, no fueran precisamente cordiales.

Pero esta rivalidad por la ruta de los metales no va a quedar limitada, por parte helena, a los focenses. Los griegos de Sicilia muestran también un vivo interés por la misma. Entre 570 y 560

26. J. M. J. Gran Aymerich: «Observaciones sobre la presencia etrusca en el Mediterráneo Occidental»; *Simposio de Colonizaciones* (Barcelona, 1971), Barcelona, 1974, pp. 47-49. Se recogen aquí las fuentes literarias y arqueológicas referentes a la expansión marítima etrusca.

27. J. Heurgon: *Op. cit.*, pp. 109-113.

28. «A propos du *garum sociorum*», *Actas I Reunión Hist. de la Econ. Antigua de la Pen. Ibérica*, Valencia, 1971, p. 58. Un estado de la cuestión sobre este tema del origen del *garon* en Occidente puede verse en R. Irvin Curtis: *The production and commerce of fish sauces in the Western Roman Empire: a social and economy study*, University Microfilms International, Michigan, 1979, pp. 106-109.

29. F. Villard: *La céramique grecque de Marseille*; París, 1960, estima, en cambio, que la fuente sobre la que se apoya el poema es púnica. En la misma línea G. Bunnès: *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur un analyse des traditions littéraires*; Bruxelles-Rome, 1979, p. 245. Sobre la fecha, puede verse J. G. F. Hind: «Pyrene and the date of the Massaliot Sailing manual»; *Revista Storica dell'Antiquità*, 2, 1972, pp. 39-52.

30. Una inscripción de Bulla Regia nos da su nombre como *Postumius Rufius Festus qui et Avienius*: ver Alan Cameron: *C. Q.*, 1967, pp. 392 ss. E. H. Warmington, art. «AVIEN(I)US», en *The Oxford Classical Dictionary*, 2.ª ed., Oxford, 1970 (r. 1976).

comienzan a acuñar plata Himera y Selinunte, las ciudades helenas más cercanas a España, que son las primeras en emitir moneda en Occidente. Enseguida otras ciudades, como Zancle y Naxos, lo harán también siguiendo el patrón de Himera, lo que indica que era esta ciudad la que les proporcionaba la plata³¹. El poema que Estesícoro de Himera escribe ahora —la *Gerioneia*— situando a Gerión en el reino de Tartessos, donde es derrotado por Herakles, y las aventuras de éste a su regreso en localidades sicilianas, son todo un símbolo y un ejemplo de propaganda político-religiosa. En una época difícil como ésta, los griegos de Sicilia, que se tenían por heráclidas en cuanto que eran dorios, al considerar a la isla como tierra de Herakles inventan un fundamento de legitimidad a su presencia y al derecho de posesión de Sicilia, así como al de la ruta tartésica. Y también por estos años un grupo gnidios y rodios, salidos de la recién fundada Acragas (580), intentan establecerse en el extremo S. O. de Sicilia, en un lugar óptimo para el comercio con Occidente, pero que daba la circunstancia de que ya estaba controlado por la colonia cartaginesa de Motya. Y el choque con Cartago se hizo inevitable.

Cartago, que era plenamente consciente de los intereses en juego, puso toda su fuerza en el envite y se lanzó a una política de imperialismo militar hasta ahora inédita para ella. Durante largos años sus generales —primero uno denominado Malchos (580-550 aprox.)³² y luego Magón (550-520 aprox.)— luchan por la posesión de Sicilia tanto como por la de Cerdeña, que finalmente logran ocupar para su explotación³³. Posiblemente sucediese lo mismo con Tartessos, luego de restablecer la independencia de Gadir, sometida a los tartesios y recuperada por asalto, en opinión de Heurgon³⁴. A este trágico momento puede corresponder la brusca caída de importaciones que ha constatado M. Pellicer en el yacimiento del Cerro Macareno³⁵, y tal vez el abandono de poblados como El Carambolo o el Cabezo de la Esperanza. Lo cierto es que ahora los establecimientos cartagineses se multiplican en Africa, mientras que en España la presencia libiofenicia se hace igualmente firme en la

31. T. J. Dunbabin: *The Western Greeks*, Oxford, 1948, p. 248.

32. G. Ch. Picard: *Les religions de l'Afrique antique*, París, 1954, p. 44.

33. T. J. Dunbabin: *Op. cit.*, pp. 328-333.

34. *Op. cit.*, p. 80; opinión escasamente documentada.

35. «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir según el Cerro Macareno (Sevilla)», *Habis*, 9, 1978, pp. 365-400.

franja costera meridional (Jardín, Guadalhorce II, Frigiliana, etcétera)³⁶.

Lógicamente, estos hechos bélicos iban a afectar también a Massalia, convertida ahora en cabeza de los intereses focenses tras la caída de la metrópolis minorasiática ante el persa Ciro (545-540). Cortada su posibilidad de negociar con libertad en la costa meridional de España, se va a ir afianzando en cambio en la costa levantina, buscando la salida oriental de la plata del Alto Guadalquivir, lo que a la larga va a determinar la riqueza del mundo ibérico del Este peninsular. Pero a esta solución *de facto* del problema de los suministros metálicos tampoco se habría de llegar sin lucha: tenemos noticia de una serie de enfrentamientos navales que se sucedieron en el tiempo, como la batalla de Alalía, hacia 540, frente a Caere y Cartago³⁷; u otra, cercana en el tiempo a la anterior y conmemorada en Delfos, frente a Cartago³⁸.

En Sicilia, la presión cartaginesa determinaría el surgimiento de las primeras tiranías o gobiernos militares de la isla, cuyo resultado fue positivo, ya que lograron triunfar en su lucha contra el invasor cartaginés. Pero no podemos considerar como un todo al mundo griego, del mismo modo que no lo podemos hacer con el mundo fenicio. Así, por ejemplo, vemos que Selinunte cambia su política exterior, abandonando sus antiguos deseos de expansión por el Norte, y se convierte en una ciudad filopúnica, aprovechando su magnífica posición para el comercio con Cartago. Las relaciones entre fenicios y griegos son, en realidad, complejas. Cartago no deja de comerciar con el mundo griego, hasta el punto de que se va helenizando. Motya está muy helenizada y la Arqueología ha mostrado marcas de canteros griegos en los muros de la ciudad³⁹. La misma numismática griega refleja estas relaciones. Así, las colonias de Campania y Sicilia —incluida la corintia Siracusa— para responder a las necesidades de su comercio en el Tirreno utilizaron dos sistemas ponderales, uno etrusco (con estateras sobre la base de 5'7 g.) y otro focense, pero en realidad de origen fenicio

36. O. M., v. 421?

37. Herodoto, I, 166. Véase: J. Jehasse: «Les nouvelles données archéologiques d'Aleria et la persistance des courants commerciaux grecs en mer Tyrrhénienne aux V et IV siècles av. J. C.», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona (1971), 1974, pp. 205 ss.

38. G. Daux: «Le trésor de Marseille», *B. C. H.*, 82, 1958, pp. 360-364.

39. T. J. Dunbabin: *Op. cit.*, pp. 333-334.

(base 7'60 g.)⁴⁰. Así pues, estos dos mundos luchan y comercian de manera simultánea. El individualismo comercial debía ser, en buena medida, responsable de ello.

Pero las luchas, con base política o comercial, influían lógicamente en el desarrollo del mundo de las colonizaciones. En 524 el avance etrusco hacia el Sur fue frenado por Cumas, cuyos ejércitos dirigía Aristodemos. Se marcaba el comienzo de la decadencia etrusca. Años más tarde (509-504) Aristodemos incidiría de nuevo en el debilitamiento del mundo etrusco, apoyando a la Liga Latina frente a Porsenna de Clusium, que había desplazado a Tarquinio el Soberbio de Roma. Era el final del dominio etrusco en Roma y el comienzo de una nueva era para esta ciudad.

No obstante, la independencia política de Roma no afecta para nada a las buenas relaciones que Cartago venía manteniendo con el mundo etrusco y que, aparte del testimonio de Aristóteles⁴¹, han quedado evidenciadas por las inscripciones halladas en Pyrgos, el puerto de Caere, en 1957⁴². La nueva situación de Roma queda simplemente recogida en un tratado, que nos ha conservado Polibio⁴³, por el que se establece un estatuto entre Roma y Cartago que regula las acciones comerciales y piráticas de ambos Estados, y en el que la ciudad púnica, como era de esperar dada su fuerza, aparece como principal beneficiaria. Poco después, entre 495 y 491, se produjo el descenso de los volscos a las lagunas Pontinas y el abandono —durante más de un siglo— por parte de Roma y los latinos de los puertos de Terracina, Circei y Antium, enumerados en el tratado. La ocupación de la llanura por los volscos coincidió, a principios del siglo V, con el debilitamiento del poderío etrusco y comprometió a los latinos⁴⁴, reducidos a sus efectivos, durante un siglo, en una serie de guerras encarnizadas que sólo abrieron paso a la esperanza de una reconquista en 406, cuando se asentaron en Terracina; en 393, al instalar una colonia en Circei; en 389, cuando forzaron a los volscos a la capitulación, y en 377, al quedar sometido Antium a Roma, sin que, por lo demás, el país quedase enteramente pacificado antes de 358, cuando se crearon las tribus Pomptina y Poblilia.

40. J. Heurgon: *Op. cit.*, pp. 101-102.

41. *Polittica*, 1280a, 35.

42. R. M. Ogilvie: *Roma antigua y los Etruscos*, Madrid, 1982, p. 81.

43. III, 22, 4-13.

44. Para la crisis que afectó a la economía romana en el s. V a.C., puede verse F. de Martino: *Storia economica di Roma antica*, vol. I, Florencia, 1980, pp. 13-18.

Mientras tanto, hacia 500 a.C., los acontecimientos en Europa Central habían tomado un giro que tendría una profunda influencia sobre el comercio griego a través de Marsella. Movimientos de pueblos que los arqueólogos relacionan con la transición entre las culturas de Hállstatt y La Tène dificultaban enormemente el comercio griego Ródano arriba, determinando un descenso de la prosperidad massaliota que ha sido detectado por la Arqueología⁴⁵. Así pues, perdida de momento la ruta del estaño, Massalia va a centrar sus esfuerzos comerciales en la plata hispana. El combate que sostiene su flota con la cartaginesa hacia 490⁴⁶ frente al Cabo de la Nao (Alicante) es todo un síntoma. Y la penetración de los productos griegos desde el área levantina hacia la zona productora del Alto Guadalquivir explica el recelo cartaginés: Mastia (Cartagena), emporio cartaginés, seguía teniendo la primacía en el transporte del metal, pero otros muchos puntos más al Norte, y en especial Ampurias, vivían en buena medida de la comercialización de los metales y particularmente de la plata. Hay que tener en cuenta que, como nos dice Ch. Seltman⁴⁷, «el siglo entre 480 y 380 contempla, entre los griegos occidentales de Italia y Sicilia, la emisión de abundante plata por parte de las casas de moneda de muchos Estados».

Por el mismo tiempo, las ciudades griegas de Occidente florecían bajo el control de unos tiranos al mismo tiempo enérgicos y refinados. Siracusa, bajo Gelón, se convertía en la mayor ciudad de Occidente después de Cartago. La victoria obtenida, junto con Acragas, sobre los cartagineses en la batalla de Hímera, en 480, iba a marcar el acmé de su potencia, pues significaba el éxito final de la causa griega frente al imperialismo púnico, luego de un siglo de luchas. Además, una vez superado el peligro cartaginés, Siracusa, dirigida desde 478 por el tirano Hierón, inicia a su vez una expansión que le lleva a inmiscuirse en los asuntos de la península italiana. En 474, en una acción de apoyo a Cumas, obtiene sobre el ejército y la flota etruscas una victoria tan importante como la de Hímera. Quedaban humilladas así, en pocos años, las dos potencias marítimas que podían amenazar a los griegos: los cartagineses y los etruscos. Y el poder y la influencia de Hierón se afian-

45. J. Boardman: *Los griegos de ultramar*, Madrid, 1975, p. 221.

46. Sosalos, *Fr. Gr. Hist.*, 176, f.3.

47. *Greek Coins*, p. 118.

zaron rápidamente, provocando los celos de Atenas, vencedora de los persas en Salamina y que acababa de constituir la primera Liga Atico-Délica (477), base de su gran poder marítimo y comercial. Debemos tener presente, para comprender estos celos, que los vasos áticos de figuras rojas que eran tan abundantes en Italia hacia 474, ven ralentizada su importación hasta casi desaparecer a mediados de siglo⁴⁸, lo que explica la futura política occidental de Pericles.

Por su parte los cartagineses, derrotados en Sicilia, iban a dejar en suspenso sus intentos expansionistas en la isla durante tres cuartos de siglo. Además, el acuerdo de 449 entre Persia y Atenas iba a perjudicar sus relaciones comerciales con el Imperio aqueménida, lo que en términos arqueológicos se traduce en una disminución importante de las importaciones orientales, que son reemplazadas progresivamente por imitaciones fabricadas en la misma Cartago. Por el contrario su presencia en Africa se afirma cada vez más, con un gran esfuerzo agrícola e industrial que valoriza todo el territorio de la actual Tunicia, lo que le asegura la independencia al garantizarle su abastecimiento de víveres y madera. Por el Este controlaba las costas hasta la Cirenaica, y por el Oeste hasta el Sur de Marruecos, lo que le permitía sacar todas las riquezas del continente negro, especialmente el oro y el marfil, llevados a la costa por caravanas indígenas. A esta época de estabilidad internacional pertenecen las grandes expediciones exploratorias más allá de las Columnas de Hércules⁴⁹: hacia el Norte, Himilcón viaja hacia la zona productora de estaño de Cornualles en un momento en que, como digimos, estaba colapsada la ruta gala. Hacia el Sur, Hannón explora la costa africana hasta el Camerún y comercia con los indígenas⁵⁰. Las antiguas tradiciones comerciales púnicas y el contacto con estos pueblos bárbaros, de economía más primitiva en muchos casos, hacen que Cartago no desarrolle una moneda propia. Sólo las ciudades púnicas de Sicilia, en contacto directo con el mundo griego, comienzan a acuñar en el siglo V.

Por lo demás, Cartago mantiene ahora buenas relaciones con el mundo griego en general y en particular con Atenas, cuyo puerto de El Pireo tuvo abierto desde 449 a.C., determinando el cono-

48. A. Piganiol: *La conquête romaine*, 2.ª ed., París, 1930, p. 77.

49. C. Picard: *Op. cit.*, p. 10.

50. Sobre el carácter de estas expediciones puede verse: J. Gagé: «Gades, l'Inde et les navigations atlantiques dans l'Antiquité», *Revue Historique*, CCV, 1951, pp. 189 ss.

cimiento en estos lugares de productos tales como las salazones hispánicas⁵¹. Síntoma de estas buenas relaciones es el hecho de que las grandes tiranías militares de Sicilia se hicieron innecesarias y pronto dieron paso en todas partes a las democracias. En Oriente, Atenas seguía los mismos derroteros pacíficos, y a la paz de 449 con los persas seguía la de 446 con Esparta, con lo que podía dedicarse tranquilamente al afianzamiento de su Imperio, tanto político como económico. La pérdida de buena parte de los mercados de Occidente preocupaba a Pericles, que por ello lanza una ofensiva diplomática a partir de 454, que le lleva a establecer una serie de alianzas y fundaciones que terminan por amenazar los intereses de Siracusa en el mismo Estrecho de Mesina (426). El mercado de Occidente se vuelve a abrir para Atenas que bien directamente o, lo que es más probable, a través de Estados interpuestos, como el de Marsella, haría llegar sus productos hasta las factorías hispanas, desde donde llegarían a los poblados indígenas del país interior, que veían beneficiados también por este tráfico e iban haciendo evolucionar progresivamente sus estructuras socio-económicas y culturales.

Así pues, asistimos a un mundo de complejas relaciones económicas del que nos han dejado un reflejo tanto la Arqueología como la Numismática hispanas. Como era de esperar, la presencia de objetos semitas es superior en el Sur de la Península, en tanto que lo heleno predomina en Levante. Pero no son áreas cerradas, en absoluto, ni necesariamente hemos de suponer que todos los objetos griegos fuesen traídos por los griegos, o viceversa. Los poblados levantinos muestran la presencia púnica junto a la griega, y a la inversa en el área meridional.

En cuanto a la Numismática, debemos recordar que a mediados del siglo V, o quizás un poco antes, Ampurias comienza a emitir moneda, lo que es signo inequívoco de su pujanza comercial. Pues bien, los óbolos y los trihemíobolos de plata ampuritanos siguen en parte el patrón de la litra siciliana; pero otro grupo de estas monedas pertenecen al sistema del patrón foceo-fenicio, lo que suponía el establecimiento de dos relaciones de valor simple, una

51. A esta época puede remontarse los inicios de la factoría de salazones hallada en Puerto de Santa María: N. Berriatúa, G. de Frutos: «La factoría de salazón de Las Redes (Puerto de Santa María, Cádiz)», *II Congr. Andaluz de Est. Clásicos* (Málaga), en prensa.

para el comercio con Sicilia e Italia, y la otra para el tráfico entre foceos y púnicos⁵².

Los pueblos indígenas peninsulares recibían, pues, influjos complejos, a través de los emporios y centros coloniales, de culturas igualmente complejas. No debemos olvidar que si durante los siglos VII y VI los griegos recibieron fuertes influjos orientales y egipcios, es ahora la cultura griega la que tiende a influir en el mundo circundante, por lo que a veces es difícil saber si determinados elementos que aparecen, por ejemplo, en el mundo ibérico, se deben al contacto directo con los griegos o han llegado por vía indirecta. Así, en el mundo púnico occidental, el declive de la influencia egipcia en beneficio de la helénica llegada sobre todo de Sicilia se acentúa, en el siglo V a.C., en todos los campos, y pronto Cartago no se diferencia de los demás puertos del Mediterráneo helénico más que por algunos detalles debidos a su origen oriental que le dan un aspecto singular. En Cartago, junto al fenicio, se habla el griego; y la religión púnica se ve ampliamente influida por el mundo helenístico, tanto en conceptos como en formas. El arte se hace griego, aunque con un toque arcaico orientalizante que lo particulariza⁵³. Muchas estatuillas cartaginesas de terracota son ahora indistinguibles de sus contemporáneas de la parte griega de Sicilia. En Ibiza lo púnico, lo ibérico y lo griego se encuentra con frecuencia fundidos en ellas. La misma fusión de lo púnico y lo griego se encuentra en los sarcófagos antropoides, de los que Cádiz ha dado dos buenos ejemplares. Y así en otras facetas de las artes y la cultura en general.

En general, el siglo V vio un amplio desarrollo del comercio mediterráneo en medio de unas condiciones de relativa paz que lo hacían posible. En Sicilia, en el período de 50 años que transcurrió entre la caída de las antiguas tiranías y la aparición de los atenienses, se prosiguieron acertadamente los esfuerzos culturales iniciados por aquéllas; y las comunidades obtuvieron los medios para ello principalmente de su intenso comercio con Cartago, así como del efectuado con Italia y con Grecia. Es más, las ciudades no griegas que miraban al mar se vieron con frecuencia favorecidas igualmente por este tráfico, como debió de ser el caso de las ciudades de los litorales hispano y toscano.

52. A. M. Guadán: *Numismática ibérica e iberorromana*, Madrid, 1969.

53. C. Picard: *Op. cit.*, pp. 11-12.

Pero este fecundo equilibrio mediterráneo incubaba —como ya hemos señalado— tensiones que finalmente se resolvieron en conflictos abiertos. Y si el comienzo de las Guerras del Peloponeso no fue del todo ajeno al interés de Atenas por los asuntos occidentales, como nos señala Tucídides⁵⁴ al hablarnos de las causas de la alianza con Corcyra, el desarrollo de las mismas, con el frustrado asedio ateniense a Siracusa (415-413), deja bien patentes esos intereses⁵⁵.

En 412 los siracusanos, movidos por el deseo de venganza, tomaron a su vez parte en la guerra Jónica, del lado de Esparta, con una escuadra importante que terminó siendo aniquilada en Cízico (410). Cartago entonces se aprovechó de la debilidad siracusana y de la rivalidad de las ciudades sicilianas para desquitarse y reanudar las hostilidades (408), mientras Atenas buscaba su amistad (406)⁵⁶. El avance cartaginés fue contenido por Dionisio, convertido en 405 en tirano de Siracusa, quien tuvo además la habilidad de rehacer la grandeza siracusana, constituyendo un verdadero imperio en la isla e interviniendo en los asuntos de Italia, sin que dudase en aliarse con los lucanos contra la Liga Italiota o con los galos o celtas en contra de los etruscos, llegando a saquear el puerto de Caere (Pyrgos) en 384. De su potencia comercial en el ámbito del Mediterráneo Occidental da una idea el hecho de que Ampurias emita ahora monedas con cuños de tipo siracusano.

Antes de seguir adelante hemos de señalar también que en nuestra Península, y coincidiendo con la nueva etapa de expansión imperialista cartaginesa en Sicilia, hubo grandes destrucciones en S. E. hispánico y posiblemente también en Oretania que, en opinión de Blázquez, quizás se debieran a los cartagineses. Esto es observable tanto en Cigarralejo como en Porcuna, así como también en Setefilla. Una caída brusca se observa asimismo en las importaciones del Cerro Macareno.

Como antes señalábamos, hacia 406 Roma inicia lo que habría de ser su gran expansión. Sus victorias sobre las ciudades etruscas vecinas no pasaron desapercibidas, lógicamente, para los pueblos que tenían intereses económicos en la zona, y así vemos cómo Massalía se aproxima a la vencedora: Roma deposita en el tesoro

54. I, 44, 3.

55. Ver Tucídides, III, 86, 4.

56. R. Meiggs, D. Lewis: *Greek Historical Inscriptions*, Oxford, 1971, núm. 93.

de Massalía, en Delfos, el trípode que ha consagrado tras la toma de Veyes. Los intereses comerciales de Roma quedan así igualmente en evidencia.

Estos admirables progresos de Roma se iban a ver interrumpidos momentáneamente por una catástrofe. A fines del siglo V Italia se vio invadida por bandas celtas. Este descenso a Italia no es más que uno de los aspectos del vasto movimiento de expansión del mundo céltico que se produjo a comienzos del período de La Tène y cuyas repercusiones en el comercio massaliota a través de la Galia ya señalamos. Más adelante veremos las repercusiones que para la Península Ibérica tuvo la penetración de estos «celtíberos». Para el mundo etrusco este peligro supuso un freno en su expansión hacia el Sur y más tarde, hacia 350, tras la toma de Bolonia, contribuiría a su total hundimiento. Ahora es sólo una banda aislada la que se aventura hacia el Sur y en un golpe afortunado saquea Roma.

Pero Roma se rehizo rápidamente. Contó para ello con la ayuda de Massalía, y se explica así el porqué Roma había concedido a los marineros massaliotas la «inmunidad»; es decir, la franquicia de los derechos aduaneros en los puertos del Tíber. Como en otros emporios en los que se constata la presencia focense, vemos aparecer ahora en Roma la imagen de Artemis, pronto transformada en el Diana del Aventino⁵⁷. También Caere, aliada de Roma contra Dionisio (aliado a su vez de los galos como dijimos) colabora en la tarea restauradora. Y Roma, en reconocimiento de los beneficios recibidos, concede a Caere el *hospitium publicum*, por el cual los comerciantes y artesanos de Caere que vivían en Roma obtenían de ésta todas las garantías jurídicas para el ejercicio de sus actividades. Fruto importante de esta cooperación iba a ser el hecho de que en 377, al decir de Diodoro⁵⁸, Roma enviase a Cerdeña 500 colonos. De esta manera, aliada con Massalía y Caere, Roma hace su entrada en la política mediterránea, forzando la atención de los historiadores sicilianos y mereciendo ser considerada, por Heráclides del Ponto, como «ciudad helena»⁵⁹.

Por estas fechas Atenas reconstruye, sobre nuevas bases que

57. A. Piganiol: *Op. cit.*, p. 120.

58. XV, 27, 4. Una interpretación distinta puede verse en J. Didu: «Il supposto invio di coloni romani in Sardegna nell'anno 378/7 a.C.», *Athenaeum*, L, 1972, pp. 310 ss.

59. J. Heurgon: *Op. cit.*, pp. 210-212.

dificultan su imperialismo, una segunda Liga Ateniense. Aquí, como en Cartago o en Siracusa, el ejército ha ido pasando a ser un ejército de mercenarios, lo que acarrea problemas financieros al hacer indispensable el pago de salarios. El ejército mercenario es así, en cierta medida, una primera forma importante y masiva de trabajo asalariado en el mundo antiguo y por ello un factor de desarrollo de la economía monetaria. Y así, Atenas se encuentra con una necesidad creciente de plata precisamente en un momento en que no dispone de impuestos derivados de los aliados (como sucedía en la primera Liga) y cuando las minas del Laurión habían sufrido un serio frenazo en su explotación, derivado en principio de la propia Guerra del Peloponeso (ocupación espartana de Decelia, fuga de esclavos) y continuado después por el hecho de que la inversión en minas ofrecía menos incentivos que otros medios de inversión (tierras, por ejemplo), así como más riesgos fiscales por la claridad de las ganancias⁶⁰. Por eso nada tiene de extraño que las naves y sobre todo los productos áticos lleguen con frecuencia a las costas hispanas. Es sin duda ahora, durante el siglo IV, cuando alcanzan su momento culminante las importaciones griegas dirigidas a la Península Ibérica y es mayor la penetración cultural de los elementos helénicos dentro de la zona de influencia de las factorías griegas, fundamentalmente massaliotas. No sin razón es éste también el gran momento de Massalía, ahora aliada de Roma, que comienza a hacer sentir su influencia de nuevo cada vez con más fuerza hacia el interior de la Galia, al tiempo que recupera sus antiguos mercados interiores (rutas del estaño y del ámbar). A través de los emporios massaliotas y púnicos penetran ahora en la Península una gran cantidad de vasos y productos elaborados atenienses, a cambio de su plata y su plomo (este último utilizado para fabricar minio, producto del que Atenas llega a detentar un auténtico monopolio).

Entre 358 y 354 Roma terminó de recuperar por fin el control sobre el litoral latino, y hacia 350 se establecía el puerto de Ostia, en la desembocadura del Tíber. Esto haría que se fuesen deteriorando las relaciones con las ciudades etruscas vecinas, por razones de competencia económica. Pero ello iba a inquietar poco a Roma, ya que hacia 350 caía Bolonia, la última de las grandes ciudades

60. D. Plácido: «La ley ática de 375/4 a.C. y la política ateniense»; *Memorias de Historia Antigua*, IV, 1980, pp. 27-42.

etruscas que resistían a los celtas en el Norte, y poco después la Etruria Circumpadana, territorio etrusco en el Po, se convertía en Galia Cisalpina: las rutas comerciales de los Alpes quedaban cortadas. En adelante, el viejo imperio etrusco se redujo a un simple recuerdo y el propio territorio toscano se veía amenazado por todas partes: siracusanos, romanos, galos... En 349 una tercera invasión gala, apoyada por mar por la flota siracusana, ocupaba los Montes Albanos, provocando un nuevo acercamiento Roma-Caere ante el peligro común. Estas circunstancias serán aprovechadas por Cartago, que también había comenzado a temer a Roma, para imponerle un nuevo tratado que limitaba el comercio de Roma y sus aliados a Mastia Tarseion (Cartagena) en España y les prohibía comerciar en Cerdeña y Africa (salvo en Cartago). A cambio Cartago reconocía el derecho de Roma a su posición italiana y se comprometía a no actuar en su contra en este ámbito ⁶¹.

Que el tratado, que afectaba tanto a los romanos como a sus aliados (y de modo particular a Massalía) se cumplió, parece evidenciado por la Arqueología. Las excavaciones de Alalía, en Córcega, han puesto de manifiesto una brusca desaparición en este momento del comercio púnico, existente hasta entonces. En España, G. Trías cree que las importaciones griegas del S. E. y S. de la Península caen ostensiblemente ⁶², mientras que E. Llobregat observa que tampoco se documenta una etapa ibero-púnica en la Contestania ⁶³.

Para Blázquez, resultado del tratado de 348 sería igualmente la destrucción de una serie de poblados ibéricos (La Bastida de los Alcuses, el Puig, Covalta, etc.) de la Contestania; destrucción que, a juicio de este autor, se debería a los cartagineses. De hecho sabemos que éstos se mostraban agresivos nuevamente en Sicilia en 341, pero que Timoleón de Siracusa los contuvo y firmó la paz en 338. Pero si a esta escasa potencia bélica unimos el hecho de que estos poblados quedaban fuera del área en la que Cartago parece mostrar mayor interés, más bien estimamos que habría que poner estas destrucciones en la misma línea de análisis que los poblados fortificados que ahora aparecen en el Norte de Andalu-

61. F. de Martino: *Op. cit.*, I, pp. 31-32.

62. G. Trías: «Economía de la colonización griega», *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, pp. 99-112.

63. *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972.

cía, y con mayor intensidad en la línea del Guadajoz⁶⁴. Creemos, en suma, como Presedo, que habría que poner todo esto en conexión con los movimientos de pueblos que se producen en la Meseta como producto de la última «oleada invasora» constatada y que responde al movimiento europeo de pueblos celtas anteriormente contemplado⁶⁵. De lo que no cabe duda es de que todo esto debió producir trastornos tanto a la zona productora del Alto Guadalquivir como al comercio de los intermediarios ibéricos.

No obstante, este mundo ibérico, pese a trastornos momentáneos, va entrando en una etapa de verdadero esplendor. Con unas estructuras cada vez más marcadamente urbanas, en un proceso que en el plano económico se ve progresivamente acelerado por la introducción que los griegos hacen de su moneda, estos pueblos no sólo importan artículos de lujo —especialmente las minorías dirigentes— sino que enseguida hacen trabajar para ellos a artesanos extranjeros y, lo que es más importante, asimilan técnicas y modas iniciando la fabricación propia de objetos de un valor artístico realmente elevado. Este mundo tiende a abastecerse por sí mismo de artículos que antes importaba, y esto repercute indiscutiblemente en los habituales proveedores. Un caso claro es el de Atenas que, amén de ver menguado su comercio oriental por las restricciones proteccionistas de los persas, pierde progresivamente capacidad de penetración en los mercados occidentales ante la baja demanda y la competencia que le hacen Tarento y Siracusa, que incluso exportan ahora a Oriente. Cuando finalice el siglo la cerámica campaniense habrá sustituido a la Atica de pigmento negro (precampaniense) como cerámica de lujo apetecida por los iberos.

No obstante, cuando esta «pérdida de Occidente» se haya consumado, ya Alejandro III de Macedonia, tras unir por la fuerza a los griegos, habrá conquistado el inmenso Imperio persa (334-324) y abierto inmensas posibilidades mercantiles a los griegos de nuevo en Oriente, para favorecer lo cual se pusieron en circulación enormes cantidades de oro y plata hasta entonces atesoradas por los persas, repercutiendo evidentemente en la demanda exterior. Este hecho, agravado por la toma militar de Tiro en 332, supuso

64. J. Fortea, J. Bernier: *Récintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*, Salamanca, 1970.

65. J. M. Blázquez, F. J. Presedo, F. J. Lomas, F. Nieto: *Historia de España Antigua*, vol. I, Madrid, 1980.

un duro golpe para Cartago, que había comenzado a vislumbrar la posibilidad de recuperar los mercados orientales que durante el siglo V y primera mitad del IV habían sido controlados por la potencia marítima de Atenas.

Pero éste no iba a ser el único problema de Cartago. Las luchas reemprendidas a fines de siglo con Siracusa iban a determinar momentos de verdadero peligro para ella. Agatocles llegó a atacar por sorpresa a la desgarnecida Cartago en 310 y luego se alió con Ofelas, gobernador de Ptolomeo en Cirene, poniendo en grave peligro a la ciudad púnica, que sufrió el hostigamiento de Agatocles hasta 307.

Por otro lado Massalía, la gran aliada marítima de Roma, que se encuentra en plena expansión, intenta penetrar en rutas tradicionalmente controladas por Cartago. Los viajes de Eutímenes al Africa Occidental (ruta del oro) y de Piteas a los mares nórdicos (rutas del ámbar y del estaño), debían provocar choques de importancia entre ambos Estados⁶⁶. Pausanias⁶⁷ nos ha dejado el recuerdo de un exvoto ofrecido por los massaliotas tras una victoria naval sobre los cartaginés en esta época.

Por su parte Roma progresa incontenible en sus conquistas hacia el Sur y se muestra cada vez más como protectora del helenismo, especialmente a partir de su alianza en 327 con la griega Nápoles. La vocación marinera romana se potencia con estas alianzas. En 311 se instituyen los *duoviri navales*⁶⁸, al mismo tiempo que acuña sus primeras monedas de bronce que tienen como emblema una proa de nave⁶⁹. Y mientras Demetrio Poliorcetes le pide que ponga fin a la actividad de sus piratas⁷⁰, Rodas, convertida en el primer emporio comercial del Mediterráneo⁷¹, se dirige a Roma para solicitar el establecimiento de relaciones oficiales de carácter comercial⁷². Es de notar que también en esta época en Hispania el emporio griego denominado Rhode (= Rodas) comienza a acuñar moneda: la dracma de plata de 4'7/4'8 g., que se inscribe en un patrón bastante insólito, influido probablemente por el siste-

66. A. Piganiol: *Op. cit.*, p. 121.

67. X, 18, 7.

68. Livio, IX, 30, 4.

69. F. de Martino: *Op. cit.*, I, p. 32.

70. Estrabón, V, 3, 5.

71. Ver M. I. Rostovtzeff: *Historia Social y Económica del mundo helenístico*, Madrid, 1967, vol. I, pp. 168-170 y vol. II, pp. 729-741.

72. Polibio, XXX, 5, 6-8; Livio, XLV, 25, 9; C. Dion, fr. 68,3.

ma de pesos hispano-cartaginés, en tanto que el cuño (la rosa) es claramente rodio. Coincidiendo con ello, las ánforas rodias comienzan a aparecer en nuestras costas⁷³.

Fue el miedo al expansionismo rodio-romano, en opinión de P. Grimal⁷⁴, lo que, junto a la enemistad común con Agatocles de Siracusa, llevó a Cartago a la firma de un nuevo tratado con Roma en 306⁷⁵. Este pacto se completó en 304 con el firmado por Roma con Tarento, también hostil a Agatocles, quien por entonces, a imitación de los sucesores de Alejandro Magno, se proclamaba rey de Siracusa.

En Egipto fueron los Ptolomeo los que se hicieron cargo de la herencia de Alejandro. Cartago, a partir de 300 a.C. se va a unir íntimamente a la política comercial de éstos, que alinearon su moneda según el sistema metrológico fenicio, separándola así del resto del Imperio macedónico aún teóricamente vigente al principio. Es ahora cuando Cartago comienza a emitir moneda, y lo hace de acuerdo con el sistema ptolemaico. Y por entonces también Agatocles acuña piezas de tipo ptolemaico. «Así los cartagineses y su antigua enemiga, Siracusa —nos dice Grimal⁷⁶— se encontraban integrados en el mismo conjunto económico. La influencia egipcia venía, de este modo, a sumarse a la que el helenismo siciliano ejercía, desde hacía tiempo, sobre Cartago». El comercio cartaginés entraba en un nuevo período de auge.

Posteriormente, en 282, cuando ya Agatocles había muerto (288) y Cartago se enfrentaba al nuevo tirano de Siracusa, llamado Hicetas (288-278), Roma chocaba con Tarento por motivos de influencia territorial. Los tarentinos llamaron en su auxilio a Pirro, rey del Epiro, quien derrotó a los romanos en Heraclea (280) y posteriormente en Ausculum (279). Después Pirro intentó entablar negociaciones de paz. Entonces intervino Cartago, que conocía los planes del epirota de pasar a Sicilia, adonde había sido llamado por los insulares para que los liberase de los cartagineses. Magón, que se presentó en el puerto de Ostia con 120 navíos, persuadió al Senado romano para que no hiciera las paces por separado. Se concertó así el cuarto tratado entre Roma y Cartago (279), en vir-

73. Por ejemplo, *C. I. L.*, II, 6254 ad 4968, 19 y 20.

74. *Op. cit.*, p. 277.

75. Livio, IX, 43, 26; Polibio, III, 24, 11ss.

76. *Op. cit.*, p. 68.

tud del cual las dos partes se comprometían a no concluir sino conjuntamente un acuerdo por escrito con Pirro; Cartago garantizaba a Roma barcos y dinero.

Es interesante constatar que la primera emisión de didracmas romanos, sus primeras monedas de plata en suma, que por la cabeza de caballo en el reverso imitan las monedas púnicas, y por la cabeza de Marte en el anverso se inspiran en las de Metaponto, parece contemporánea del tratado de 279 entre Roma y Cartago⁷⁷. Igualmente interesante resulta que, coetáneamente, en yacimientos como el Cerro Macareno aparezcan por vez primera ánforas italianas. La tentación de concluir que la primera plata acuñada por Roma procedía del Sur de Hispania parece comprensible. Como apunta Heurgon, la alianza con Cartago y, seguramente, la provisión por parte de ésta a Roma de los necesarios recursos metálicos, determinaron los más significativos de sus primeros reversos. Los problemas financieros suscitados por la guerra de Pirro serían la causa. Por otro lado, hay que señalar que Ampurias emite ahora dracmas también de tipo cartaginés, con un caballo parado, en tanto que su metrología es similar a la de Rhode.

Posteriormente la alianza Roma-Cartago se romperá cuando la ambición romana, una vez conquistada toda Italia, se dirija hacia Sicilia. En 264 los antiguos aliados se enfrentarán en un largo duelo que durará hasta 241. Para entonces, el Cerro Macareno ha dejado de recibir ánforas greco-italicas. Pocos años más tarde la Península Ibérica entra con pleno derecho en la Historia de la mano de Roma, lo que queda fuera del propósito de esta síntesis.

77. R. Thomsen: *Early Roman Coinage*, 3 vols., Copenhague, 1957-1961, recogido por J. Heurgon: *Op. cit.*, pp. 246-247. Ver también F. de Martino: *Op. cit.*, I, p. 48. Véanse, sin embargo, opiniones en contra de esta tesis en B. Dexter Hoyos, «The Roman-Punic Pact of 279 B. C.: Its Problems and its Purpose», *Historia*, XXXIII, 1984, p. 432 y n. 119.